

ciosa en estas glorias? Sería poco? Aun es mucho. Sería menos? Aun no es tanto. Sería nada? Sí, porque no puede ser menos el amor que las hace. Es una respiración que vive por fuego, y acaba por ayre; es un ay, que vive por aliento, y muere por suspiro; es una mentira que vive duda, y acaba desengaño; es un fingimiento que dura farsa, y acaba tragedia; es un deliquio, que vive desmayo, y pasa á accidente; es un velar de ojos cerrados; es un cuidado de corazones adormecidos; una fe de Idolatras; una idolatría de infieles; si este es, pues, el amor que hace estas glorias, quáles serán las glorias del amor? Por las causas se juzgan los efectos; cómo ha de tener ser el efecto si no le tiene la causa? Cómo puede asegurar duraciones, lo que no tiene estabilidad? Cómo puede prometer firmezas, lo que de sí es inconstancias? Cómo ha de mostrar realidades, lo que solo es mentira? Y todo es mentira, ó Preciosa, que no fuere ser solo verdad. El amor del Rey, dixo Cándida, y retiróse dexando á Preciosa en consideraciones indiferentes; porque la razon sentenciaba por lo que oía, la voluntad por lo que amaba; cseía á Cándida, quería á Bienmequiere; de éste no podía despreciar las glorias, aunque desvanecidas; de aquella no podía dudar las verdades, aunque airadas; y en esta guerra civil de pensamientos propios la divirtieron voces de cuidados ajenos.

HIS.

HISTORIA

DE DAMAR Y AMIRA.

CAPITULO XII.

DE las finezas de Damar, dicen las Sierras, que tomaron el nombre las finezas.

De Amira enamorado murió Damar por quererla; porque amor que dexa la vida, solo á ser fineza llega.

Tantas heridas le dieron en el Monte por defenderla, que el desperdicio en las flores fue soledad en las venas.

Y en tanto nacar vertido tanta púrpura deshecha, el día se vió de rosas, siendo el día de tormentas.

Eas voces de esta cancion, á quien daba alma una graciosa compañía de Serranas, fueron las que despertaron á Preciosa de la lid de su inconstante pensamiento: venia con ellas una Dama con ojos de grande luz, atractivo agrado, semblante de entendida, gala de cortesana, vestido blanco, bordado de letras de oro. Preciosa, á

O

quien

quien hirieron el sentido las finezas de Damar en las voces de las Serranas, llegóse á ellas, y dixo á la Dama: Quién es, Señora, este Damar tan fino, y quién es esta Serrana tan bella, que en las Estrellas de sus ojos supo dar influencia á tanto extremo? Y por que no despreciéis la curiosidad, sabed que es Preciosa la que os hace la pregunta.

Reparó la Dama, y respondió: vos sois la Preciosa? cierto que juzgaba yo erais la perdida. Corrióse Preciosa, y mudó el color; mas porque preguntada siempre respondo (1), prosiguió la Dama, volveréis satisfecha; sentémonos á la sombra de estos árboles, y oireis maravillas. Todas se acomodaron, y Preciosa junto á la Dama, que comenzó así.

Mayoral en el Monte de Olimpo, un Pastor venerable (2) crió para su casa una Serrana (3), y la amó como á hija; cuidaba de sus intereses como padre, sin que las diferencias del sér embarazasen las obligaciones del amor, ni las demostraciones de éste. Separóle estancia en un delicioso jardin que fabricó á su respeto (4), luces de Parayso en sombras de tierra; donde sin ser toda flor azul, era toda florecilla celeste: allí con la claridad de las aguas, era mancha el cristal; con el gusto de los frutos fábula el néctar, con lo encarnado de las rosas vergüenza el nácar, con lo verde de los árboles mentira la esperanza, con el cantar de las aves historia la Filomena; el aliento de las flores era ámbar; el sudor de los troncos era balmamo; el desperdicio de los árboles calambuco; siendo cada respi-

(1) La leccion no se ruega á quien la busca. (2) Dios.

(3) La alma. (4) El Parayso.

ración de los ayres una lisonja. En esta tierra, Parayso, quando menos, ó en este Parayso Cielo quando, mas, puso el Mayoral la carísima amada, y queriendo retratarla las flores, no pudieron, con prestarles el Sol las luces, Abril los colores, el Cielo las sombras: franqueó la liberalidad del Mayoral todo el jardin á Amira, que este fue el nombre de la Serrana, dexándole los frutos para el gusto, las flores para el aliño, las estancias para el paseo; mas para conocer ó acri-solar los quilates de su obediencia, le intimó precepto de que no llegase á cierto quadro, solo vedado entre todo lo demás permitido. En el momento, la dixo, en que le pisares, pagará tu vida la inestabilidad de tu planta. Quedó Amira á disfrutar los buenos ayres del jardin, y á poco tiempo de habitarle, jugando una mañana con las Ninfas á las manzanas, le cayó la suya en el lugar prohibido, perdía el juego si no la cobraba, rompía el precepto si no la perdía; dexarla era perderla, buscarla era perderse; y habiendo tanta diferencia, como la que iba de su persona á su antojo, le hacía mas fuerza este apetito, que aquella obligacion. Esto de perder un juego entre las Ninfas le quitaba un punto de brio, que en su desvanecimiento se hacía real. Este punto, y esto de estar el quadro vedado le daba un deseo de llegarse, que la manzana que en el juego era lo mas, fue aqui para su apetito lo menos. Arrojóse pues abusarla, pisó la tierra prohibida, condenó la vida amenazada, y aventuró la gloria de un Parayso en el leve gusto de una manzana, quedando fábula del pays la que nació para verdad de la Corte. Luego que la inconsiderada belleza para tomar la manzana tocó la tierra, se estremecieron las puertas del jardin, y habiendo caído de su

fortaleza, entró por ellas un disforme Gigante (1), monstruo descomunal en la grandeza, copiado Polifemo en la fealdad, montaña con alma, promontorio con vida. Este llegó á la descuidada Serrana, y poniéndosela á los hombros, salió con ella del jardín, caminando á pasos tan ligeros, como si no moviera en cada pie un monte, y terminando la jornada en una obscura caverna, encerró la eclipsada luz, en el nocturno centro (2). Tiempo había que este monstruo levantado en su propia soberbia rodeaba el jardín, ansiosos de hacer aprension de la descuidada belleza, que olo de su antojo hizo cuidado; pero el Mayoral en las guardas de su poder le dificultaba lo caviloso de su intencion; mas advirtiéndole que en el instante en que Amira faltase á su precepto diesen entrada al Gigante para su castigo, sucedió así, quedando cautiva la Serrana en la caverna del monstruo.

Por no errar Amira un punto á su voluntad, acertó los puntos á su perdicion. Este fruto sacó de su desobediencia, antiguo achaque de la condicion humana, donde se compra lo libre á costa de lo escandaloso; la sujecion aun no habiendo mayores, á quien se deba, ha de buscar á quien se consagre, que para eso quedó á las leyes de la razon, y no ha de aprender de la libertad de una fiera el alvedrio de un racional, atento á que la propia voluntad, ó le ha de cortar las alas, ó le pueden esperar los precipicios. Sintió el Mayoral la desgracia de Amira con afecto de padre, pero no quiso dispensar el castigo con justicia de Señor; fue pre-

(1) El Demonio. (2) Cautiverio de la alma por la culpa.

presente el caso á Damar, hijo único del Mayoral, (1) y fino amante de la belleza de Amira; sintió con amor, que solo así digo como sintió, y queriendo acreditar el extremo propio en el remedio ageno, resolvió librar la prenda querida de la prision arriesgada; tratólo con su padre, que le facilitó la resolucion; grande prueba de su voluntad para con la Serrena; pues al empeño á que bastaban los criados de su casa, mandó el Unigénito de ella, hermanando aquí su misericordia, las severidades de su justicia. Pública en el Olimpo la resolucion de Damar, admiraba su familia los quilates de su fineza; porque del monte á la caverna eran tantas las penalidades en la distancia, los peligros en la peregrinacion, que iba la vida en los ciertos de acabar, pero la constancia en los seguros de vencer. Llegó la hora á el amor tan deseada, pronta á el empeño, tarda á la fineza; que esta como ardía en el corazon de Damar tan altiva, medía el tiempo por los deseos, y no por los destinos. Salió el Zagal del monte para comenzar la jornada, y á los primeros pasos de su extremo miró, y vio que de lo mas elevado del Olimpo descendía un Niño alado con apresurados vuelos hasta el principio de su peregrinacion: el rostro compuesto de gracias, los ojos armados de luces, los cabellos enriquecidos de oro, el vestido era un poco de la Aurora por las perlas, y todo el Niño un pedazo de Sol por la hermosura, y llegando á Damar, dividió el mas bello rubí, y dió libertad á la mas suave voz en este canto.

Aquel rayo que al Olimpo,
supo penetrar sutil

des-

(1) Christo.

Desde tí mismo á tí mismo
por tí viene ardiendo en tí.

El amor soy, amor seré, porque amor fui.

Arma tu pecho, ó Damar,

á la pelea gentil;

que pues naciste á querer,

debes querer á morir.

Si por mí naces, si por mí vives, muere por mí.

Por tus presentes afectos,

tu valor futuro ardid;

porque solo en lo que sientes,

cabe lo que has de sentir.

Prisa á llorar, ansias á arder, gusto á gemir.

Al sufrimiento mayor

has de exceder en la lid;

porque es poco sufrir mucho,

adonde hay mas que sufrir.

A mucho á mucho, á mas á mas, á todo aqui.

De un amante de vencer

para ser amante así,

los extremos á contar,

las finezas no á medir.

De dos á dos, de ciento á ciento, de mil á mil.

En las batallas de amor

segun, Pastor, advertí,

vence el que sabe rendirse,

y no el que sabe rendir.

Postra la noble, dexa lo altivo, busca lo vil.

Y en el sacrificio amante

tambien, Damar discurre,

que quando mueras la vida,

la fineza has de vivir.

Vive en lo fino, muere en lo altivo, renace en tí.

Que-

Quédate, honor del Olimpo,

á empezar la lid feliz,

que yo me parto á quedar,

quando me quedo á partir.

Querer, querer; penar, penar; morir, morir.

Por la nieve desnudo, Zagales, va por amor:
Calló tierno Orfeo el dulce canto, y remontóse yeloz,
dexándose ardiente, quedando Damar á obedecer gusto
á los canoros ecos de su voz, ya que el Sol dexaba
las firmezas de los montes, por descansar en las incons-
tancias del mar; de tan mal gusto es el Sol. Comenzó
el bellissimo Zagal su jornada, encontró á los segundos
pasos una asperísima sierra de nieve, á quien el mayor
rigor del Invierno hacia dudoso el paso, y cierto el peligro;
era la Sierra dilatadísima, el frio intenso, la hora in-
cómoda; (1) pero el corazon de Damar, amante, y sin
valerse del fuego de su amor para abrigarse, se valió de
él para atreverse: y por hacer mas heróyca su fineza,
dexó el calzado para comenzar el camino, que adonde
el extremo era crédito, le pareció la comodidad embarazo:
Bien descalzo, pues, y mal vestido, principió á des-
cender á la tierra, y desabrigos de sus chozas, y le can-
taban las Serranas estos pies de cántico:

Por la nieve pisando, Zagales, salir resuelve:

Quién daría á el amor siendo fuego, lance de nieve?

Lisonjeaban el trabajo de su camino estas voces de su

fineza, y entre tanto rigor helado se conservaba un co-
razon ardiente. O Amira, en qué empeños puso á el

amor

amor

amor

amor

amor

(1) Noche del Nacimiento.

amor tu desobediencia! Quién dixera habian de ser tales los frutos de tu manzana; pues vino á costar un pomo, fineza, que no merecia todo un Mundo! Continuando Damar el camino, le repetian asi las Serranas el cántico,

Por la nieve desnudo, Zagales, va por amores:
Quién daría á el amor, siendo Rey, traza de pobre?
Derretíase la nieve en la fineza, y quando mas seguro para la obligacion, le dexaba mas peligro para el paso; mas las dificultades eran lisonjas, adonde los designios eran extremos. Bolvia la voz Serrana, y decia, siendo bien escuchada:

Por la nieve descalzo, Zagales, va con denuedo:
Quién daría á el amor, siendo rayo, plantas de hielo?
Llegó el Zagal al pie de la Sierra, ó ya de fuego, ó ya de nieve; pero la Sierra aprendió incendios, y él no estudió tibieza; cansado de tantas horas de rigor, se abrigó en las quiebras que hacia un peñasco (1); y siendo el cautiverio de Amira su memoria, pagaban sus ojos lo que debian á este sentimiento. Asi le halló el sueño, y llorando quedó durmiendo, quién duda que en los brazos de la Aurora. Era Damar una idéa de perfecciones, y las Serranas, que se hallaban muy enamoradas de sus gracias, salieron á festejarle en una alegre danza, y cantaron á sus lágrimas esta letra:

Quién oyó, Pastores,
tantas extrañezas,

(1) Belén.

por

por una manzana.
desperdiciat perlas?

Decidme, Zagal,
qué manzana fue esta,
que cuesta un tesoro,
y vale una perdida?

Que pagase Amira
el mal de quererla,
y pues ciega estuvo,
llore á quedar ciega.

De amor la justicia
no es muy entera,
pues por culpa de uno,
siente otro la pena.

Si fue para vos
la manzana azeda,
dadle un escarmiento,
y no una fineza.

Esos ojos verdes
de amor quinta esencia,
si son esparanzas,
cómo dan tormentas?

No mas ojos bellos,
que en tanta terneza,
dais muerte á las vidas,
si almá á las piedras.

Suspended el llanto,
que quien ve, recela,
que se acaba el mundo,
pues caen las Estrellas.

Si sentís de Amira
la prision violenta,
ese blando lloro

P

que-

quebrará cadenas.

Que llorais incendios
aquí se sospecha,
que esta nieve arde,
y este cristal quema.

Callad , ojos lindos,
las ardientes quexas,
que es valor sufrirlas,
si es dolor tenerlas.

Quién dixera , Valles,
que á costar viniera
lágrimas tan dulces,
fruta tan aceda?

Venid á oír , Pastores,
estas extrañezas,
por una manzana,
desperdicar perlas.

Así cantaban las enamoradas Serranas las lágrimas de Damar , acabado su bayle se despidieron , y el Zagal se levantó á continuar su viage ; y quando ya perdía de vista á la Sierra , se le ofreció un dilatado camino (1) todo de espinos , y tan punzantes , que parecía la senda depósito de las armas de la Primavera , quanto agena de sus aliños. Allí todo el espinar era estéril , porque no hubiese flor , que lisonjease los ojos en el peligro de los pies , con qué se hacía tan desabrida la estancia , que solo podía atrevesarla la fineza. Penetróla Damar , que ansioso solo de los rigores despreciára las mansiones del descanso ; á los primeros pasos quedó el pie herido , y no quexoso , que

(1) El Egypto.

la tinta de la sangre fue esmalte á el extremo ; pastoril voz , ó ya casual , ó ya advertida , rompió los ayres en este concepto.

Los espinos teñidos , Zagales,
mira la Aurora,
quién daría á silvestres espinos
tanto de rosa?

Rompía el Zagal animoso por entre las armas de la naturaleza , bien herido de su esquivéz , y mal curado de sus memorias ; Amira , Amira , qué manzana , dixo , fue ésta , que despues de un tesoro de perlas , va costando una mina de rubíes ? Volvió la voz curiosa en lo que penetraba , y sonora en lo que prorrumpia , diciendo.

A punzantes espinos , Pastores,
los pies aplica,
con amores se pica , Zagales,
el que se pica.

Por amor era la distancia de aquel camino , la aspereza de aquellos pasos , lo agudo de aquella rama , el desperdicio de aquella sangre ; á menos que á un amor no se podía sacrificar su vida á tanto trabajo ; la disimulada Sirena repitiendo el canto , dixo.

Los espinos agudos que pican
al Zagalejo
son amores , Zagales , amores,
que no son zelos.

Finalizó Damar el espinoso camino, conculcado con inmenso trabajo, de que dieron testimonio sus heridas, sentóse para descansar á tomar aliento para mayor rigor, que aqui solo se admitían los alivios por la ambicion de los tormentos, á tiempo que en lo alto de un Monte se descubrió el que cantaba, en un Pastorcillo que á la vuelta de su camino parece continuó el divertimento de su descanso en este cántico.

En los espinos descalzo
va por amores,
y juzgó que los espinos
eran las flores.

Son aquellas rosas
que veis en el Monte,
sangre de un Cupido,
y no de un Adonis.

En su bien querer
el amor picóse,
y juzgó que los espinos
eran las flores.

Heridas de amor
rubrican el bosque,
que á tan finas tintas,
solo se dan tales colores.

Y tanto la fineza
endulza los rigores,
que juzgó los espinos
eran las flores.

A buscar desdénas
los espinos rompe,
y lastíma la vida,
por hallar la muerte.

Mas

Mas tan fino pasa
por los disfavores,
que juzgó los espinos,
eran las flores.

Corre á ser mal pago
porque mas asombre,
no se corre amor,
de ver á que corre.

Tan llenos de rosas
los espinos pone,
que juzgó los espinos
eran las flores.

Los Rubís que esparce
el Valle recoge,
quedando asi él rico
y las venas pobres.

Y tan poco siente
por amor los golpes,
que juzgó los espinos
eran las flores.

Sufre los desdénas,
del silvestre bosque,
porque su fineza
es de su amor molde.

Y picado amor
sabreislo, Pastores,
juzgó que los espinos
eran las flores.

Oye Ninfa bella
de fineza voces,
pero si no escuchas,
no digas que oyes.

Es